

Francisco COMÍN, Mauro HERNÁNDEZ y Enrique LLOPIS (eds.)

Historia económica mundial, siglos X-XX

Barcelona, Crítica, 2005, 478 pp.

Las exigencias docentes de los historiadores económicos raramente han encontrado soluciones adecuadas para proporcionar a los alumnos de las facultades de Ciencias Económicas una visión y una interpretación equilibrada de los fenómenos que, en el tiempo, marcan a largo plazo las sociedades humanas. Sobre todo hoy, cuando muchos observamos una caída de la atención para lo que antes se definía como "estructura" económica de las sociedades y para el estudio de su evolución a lo largo de los siglos. La historia del presente y del pasado próximo se acerca cada día más a la teoría macroeconómica y a la econometría, olvidando el complejo y contradictorio influjo de las humanas pasiones, de la religión y de las ideologías sobre las leyes del mercado. El intento de introducir modelos económétricos para explicar los fenómenos del intercambio y de la producción en sociedades del pasado resta espacio a la reflexión histórica más general, y reduce a muy pocas la multitud de variables que necesitamos para una correcta interpretación de los hechos económicos. El papel de las economías precapitalistas y pre-estadísticas pierde así interés, tanto en la investigación como en la enseñanza.

Pero hay más. En Italia, como resultado de la reforma del sistema universitario, la historia económica va perdiendo su tradicional papel formativo de dar una visión general de los sistemas económicos. Como asignatura, casi ha desaparecido de los planes de estudios de Dirección de Empresas y conserva pocos créditos en los de Economía. En consecuencia, debemos concentrar en pocas horas las clases y proponer a los alumnos que lean para el estudio muy pocas páginas, concentrando su atención sobre la historia económica de los últimos dos siglos. Por eso hay que saludar y dar la bienvenida al manual que nos ofrecen varios historiadores españoles, bajo la dirección de Francisco Comín, Mauro Hernández y Enrique Llopis. Este libro de autoría colectiva tiene el justo enfoque cronológico y geográfico, así como una dimensión física suficiente (cerca de 450 páginas), para dar cuenta con suficiente detalle de los fenómenos de la evolución y del desarrollo económico a largo plazo, desde la Edad Media hasta nuestros días, recogiendo al mismo tiempo las más recientes aportaciones de la historiografía económica internacional. Se trata, en mi opinión, de la fórmula más deseable de manual para la formación de una cultura económica básica. La autoría colectiva asegura, para cada una de las grandes divisiones cronológicas, un aporte especializado y la síntesis más fiable y puesta al día.

La visión necesariamente eurocétrica del crecimiento agrario, demográfico y urbano de Europa en la Edad Media permite a José Antonio Sebastián Amarilla subrayar, siguiendo los cálculos de Van Zanden y de Malanima, cómo el crecimien-

to del PIB *per capita* tuvo su cumbre entre 1000 y 1300. La colonización agraria sedentaria de grandes espacios y la urbanización intensiva de unas zonas como el norte de Italia, Alemania y los Países Bajos, constituyeron las bases del “milagro europeo” de que habla Eric Jones, frente a un mundo exterior dominado en su mayoría por el nomadismo. Para este autor, la dialéctica entre pequeña explotación y comunidades campesinas, por un lado, y poder señorial, por otro, es una llave importante de interpretación de toda la historia económica medieval. El mismo desarrollo de las economías urbanas se debe a la extracción de considerables recursos por parte de la renta feudal (pp. 27-28), mientras las economías campesinas se orientaron a la mejora de técnicas y a la roturación de nuevos suelos para conseguir alimentos y pastos para el ganado.

La segunda expansión cronológica que el volumen propone, tratada por José Ubaldo Bernardos y Mauro Hernández, corresponde al período 1450-1650, en que “Europa se abre al mundo” después de un siglo de depresión demográfica y de estancamiento económico. De nuevo encontramos crecimiento demográfico y económico, y los fenómenos de la expansión de Europa fuera de sí misma. Hubo un enorme desplazamiento de personas, mercancías, plantas e incluso bacterias, que en pocas décadas cambiaron la vida, el consumo y los centros principales de la producción agraria e industrial. Los dos autores proponen en el título otras dos palabras clave: crisis y divergencia. Como sabemos, la crisis llega al final de una expansión demográfica no sostenida, ni por mejoras importantes de la productividad, ni por innovaciones básicas en la técnica, sino por un crecimiento extensivo, es decir, con aplicación de más fuerza de trabajo y de más tierra, lo que no permitió superar sin daños la “trampa malthusiana”. Un reparto desigual de la renta y de la riqueza fue el segundo factor que hizo más grave el efecto de epidemias y hambrunas sobre el nivel de subsistencia de las poblaciones. La divergencia estuvo relacionada, en primer lugar, con el sector agropecuario, con la especialización de unas zonas en función de la venta de productos (cereales, ganado, aceite, cultivos textiles, seda, etc.) para un mercado internacional; y, en segundo, con las especializaciones artesanales y agro-industriales (tejidos de lana, seda, lino y mixtos) en otros países, fenómenos que afectan en profundidad al mundo campesino y que llamamos protoindustrialización.

Enrique Llopis Agelán se ocupa del lapso situado entre el final de la Guerra de los Treinta Años y el de las guerras napoleónicas. Otro fenómeno de divergencia en la Edad Moderna, bien evidente en los siglos XVII y XVIII, fue el desplazamiento hacia el mar del Norte, el Báltico y el Atlántico del escenario principal del comercio y de las finanzas internacionales, y el nacimiento del estado fiscal. Los progresos navales y comerciales conseguidos por Holanda e Inglaterra en el siglo que media entre 1550 y 1650 sentaron las bases de los cambios fundamentales de los siglos siguientes, en particular con las políticas del mercantilismo y con los primeros pasos de la industrialización.

La revolución industrial en Gran Bretaña, un tema clásico en la historia económica, es tratada por Antonio Escudero con una síntesis que propone superar algunos tópicos de la historiografía, subrayando que el cambio tecnológico fue “una verdadera eclosión de innovaciones”, pero que la ciencia y la ingeniería pudieron determinar el progreso tecnológico sólo más tarde, entre 1860 y 1900, durante la “segunda revolución industrial”. El crecimiento económico fue más lento de lo que se creía y sin una etapa de “despegue”, pero es incontestable que la revolución industrial constituye la más importante mutación de la historia humana después de la revolución agrícola del Neolítico. Clave en la primera industrialización fue el aumento de la productividad del trabajo, lo que permitió a Gran Bretaña mantener por más de un siglo el liderazgo económico.

La difusión de la industrialización en otros países de Europa entre 1815 y 1870 y las diferenciaciones de las economías nacionales de los países seguidores, como efecto conjunto de la transmisión de conocimientos comunes y de la *path dependence* (es decir, caminos diferentes seguidos por distintas realidades nacionales y regionales), está en el centro del capítulo escrito por Antonio Parejo; mientras que Francisco Comín se ocupa de la segunda industrialización (1870-1913) como primera fase del proceso de globalización, caracterizada por el ingreso directo de la ciencia y de los inventos en la producción. Protagonistas principales son las industrias básicas, la revolución en los transportes y las nuevas fuentes de energía. El espectacular desarrollo del comercio internacional tuvo como consecuencia una convergencia de los precios de productos y de factores, la disminución de las trabas arancelarias, la especialización económica y grandes fenómenos sociales (emigración, transición demográfica, crisis agraria, luchas obreras, etc.).

Xavier Tafunell es el autor del capítulo sobre los difíciles años de entreguerras, que vieron la desarticulación del sistema económico internacional y el declive de Europa. Carlos Barciela nos propone como paradigma de los años de la posguerra (1945-1973) la definición de “edad de oro del capitalismo” como una etapa de crecimiento económico sostenido para la casi totalidad del mundo. Para Europa en particular, la amarga lección autodestructiva de los años de entreguerras permitió poner las bases de la cooperación y de su unión económica y política. En estos años, tuvo lugar también el aparente mayor esplendor de los sistemas económicos creados en la Unión Soviética y en los países socialistas. El final de la edad dorada se inició con la explosión del precio del petróleo en 1973. Este último capítulo, escrito por Julio Segura, subraya los fenómenos de la reaparición de los ciclos económicos y el rápido ingreso en el grupo de los países desarrollados y en las finanzas internacionales de los llamados “dragones asiáticos”, así como más recientemente China y la India. La historia puede ahora ceder paso al presente.

Franco Cazzola
Università di Bologna